

NOTAS Y COMENTARIOS

EDGARD DE BRUYNE (1898-1959)

(Evocación de un europeo)

Desde que Spengler escribió «La decadencia de Occidente», los acontecimientos se han venido sucediendo con alucinante rapidez para abatir el orgullo hegemónico de Europa. Los más optimistas creen todavía en una recuperación mediante una federación europea de tipo más o menos original. Los más pesimistas piensan en unidades más vastas, de signo socialista o de otro ismo igualmente planetario, unidad en que Europa conservaría todavía algún papel director, pero a costa de perder definitivamente su fisonomía histórica. Al margen están los retrasados: cultivan aún el nacionalismo y no parecen percibir el problema.

Ante esta situación, algunos de los más lúcidos espíritus de nuestro tiempo se han consagrado a la tarea de inventariar la aportación cultural europea para que, suceda lo que suceda, no se pierda en esta nueva crisis. Obras como «Literatura europea y Edad Media latina», de Ernst Curtius, y «La formación de Europa», de Gonzague de Reynald, tienen, a pesar del gran aliento de esperanza que las recorre, algo de testamentario. Es el signo de los tiempos.

Entre estos testigos excepcionales de la gran tradición histórica europea, en el presente debemos reservar un puesto relevante al gran humanista que fué Edgar de Bruyne.

* * *

Nacido en Ypres (Bélgica) el 18 de Abril de 1898, su vocación filosófica le llevó a cursar estudios en el Instituto Superior de Filosofía de Lovaina, para comenzar tempranamente su labor de docencia en el Instituto San Luis, de Bruselas. En 1925 fué nombrado encargado de curso y en 1933 Profesor ordinario de la Universidad de Gante, cátedra a la que permanecerá irrevocablemente fiel hasta su retiro en 1958. Aún cuando la labor científica constituyó siempre su vocación

primera y el centro de sus preocupaciones, no rehuyó las responsabilidades políticas cuando, en 1937, con ocasión de una grave crisis del partido católico belga, fué llamado a colaborar en su reorganización. En 1939 fué elegido, en virtud de su prestigio personal y no de propaganda alguna, miembro del Senado, de cuya fracción católica fué jefe durante largos años. Después de la segunda guerra mundial ocupó el puesto de Ministro de Colonias. Fué Presidente del Consejo de Administración del Instituto Universitario de los Territorios de Ultramar y Presidente fundador del Instituto para la Investigación científica en Africa Central. Sólo en 1958, obligado por la enfermedad, abandonó su actividad política. Pero hasta el último momento siguió, con entereza y fidelidad admirables, trabajando en sus tareas intelectuales.

* * *

El catálogo de sus obras muestra ya por sí solo la fecundidad de esta labor. En 1927 publica «Inleiding tot de Wijsbegeerte», reeditada cinco veces; en 1928, «Saint Thomas d'Aquin», testimonio de una admiración entusiasta por el Doctor Angélico, que no hará más que crecer con los años; en 1929, «Kunstphilosophie», traducida al francés con el título de «Esquisse d'une Philosophie de l'Art», una de las primeras y más afortunadas tentativas de extender los principios tomistas a este orden de investigación, hasta este siglo prácticamente inexplorado. Entre 1932-36 publica una de sus obras capitales: la *Ethica*, en tres volúmenes, donde se recogen sus explicaciones de cátedra sobre los fundamentos del orden moral. Desde entonces sus estudios se centrarán casi exclusivamente en torno a los problemas de la cultura y la historia de la estética. He aquí algunos títulos: «Wat is Cultuur? (¿Qué es la Civilización?, 1938), «Philosophie van de Kunst» (Filosofía del Arte, 1940), reeditado dos veces; «Het aesthetisch Beleven» (La experiencia estética, 1942), «Etudes d'esthétique médiévale», 3 vol. (1946), de la que en 1947 apareció un excelente resumen enriquecido en perspectivas; «L'esthétique du moyen âge» y, por fin, su gran historia de la estética europea: «Geschiedenis van de Aesthetica: De Renaissance» (El renacimiento, 1951), «De Griekse Oudheid» (La antigüedad griega, 1952), «De Romeinse Oudheit» (La antigüedad romana, 1953), «De Christelijke Oudheit» (La antigüedad cristiana, 1954) y «De Middeleeuwen» (La Edad Media, 1955). Días antes de su fallecimiento entregaba a la imprenta las últimas páginas de una vasta introducción a la metafísica: «Grondproblemen van de Wijsgerige Logica».

* * *

Tres han sido, según se deduce del precedente elenco, los órdenes de grandes problemas sobre los que desplegó Edgard de Bruyne su extraordinaria capacidad de trabajo: la ética, la estética y la lógica, entendida esta última como introducción a la metafísica, a la que la muerte le impidió consagrarse definitivamente, como era su deseo.

Sobre la primera de sus preocupaciones ha escrito el Profesor De Raeymaeker (1): «Al ser promovido a la categoría de Profesor ordinario de la Universidad de Gante, Edgard de Bruyne se encontró titular del curso de moral. En la preparación de sus lecciones puso todo el ardor y la sinceridad que le caracterizaban: se adaptó a su auditorio y fué precisamente con el concurso activo de sus estudiantes como delineó progresivamente los fundamentos y las grandes líneas de un sistema de moral. Le entusiasmaban estos estudios—en otro tiempo sin atractivo para él—y les hizo objeto de varias publicaciones, notablemente de los tres volúmenes aparecidos bajo el título de *Ethica*, de 1932 a 1936. En esta obra monumental merece especial atención el método seguido: primeramente, el autor se dedica a establecer un punto de partida sólido mediante pacientes descripciones fenomenológicas de hechos corrientes y característicos, a los que se considera comunmente como morales (tales como el remordimiento), así como del desenvolvimiento del sentido moral en el hombre; después, pasa al examen crítico de estos datos; finalmente deduce las implicaciones metafísicas. Es de lamentar que el autor no haya encontrado tiempo jamás para reemprender, como tanto lo deseaba, esta vasta investigación y esta reflexión metafísica: hubiera podido así reunir más densamente las conclusiones y desarrollar más firmemente las líneas de la síntesis final. A pesar de todo, estos estudios, que datan de hace casi un cuarto de siglo, se cuentan entre los más originales y sugestivos que hayan sido publicados por pensadores católicos contemporáneos en el dominio de la filosofía moral».

La contribución de Edgard De Bruyne a la historia de la Estética medieval constituye sin duda una de las más ricas y sorprendentes aportaciones al conocimiento del pensamiento de la Edad Media, en un sector que había sido injustamente descuidado. Si «El otoño de la Edad Media» nos muestra un cuadro vivo de ciertos aspectos de la estética vivida casi en los albores del Renacimiento, faltaba una exposición de conjunto en que se abarcaran los ideales estéticos conscientemente elaborados durante esos 8 siglos que vieron aparecer las abadías románicas, las catedrales góticas, el gregoriano y los cantares de gesta. Por esta capital contribución merece De Bruyne un puesto de honor entre los Gilson, Mandonnet, De Wulff, Lottin, Grabmann, Chenu y Assín Palacios, por no citar más que algunos de los grandes medievistas de nuestra época.

Los «Estudios de estética medieval» (2) abarcan un período de casi 6 siglos, desde Boecio a Duns Scoto. Aunque los testimonios recogidos intencionadamente por el autor, pertenecen a la literatura medieval en lengua latina, muchos capítulos desbordan este marco prefijado para

(1) «In memoriam Edgard de Bruyne», en *Revue philosophique de Louvain*, Mayo de 1959, p. 288. De este entrañable homenaje hemos tomado la mayor parte de nuestros datos sobre la obra de Edgard de Bruyne.

(2) Ed. Gredos, Madrid, 1959, 3 Vols. Trad. de Armando Suárez.

descubrir en las primeras creaciones literarias de las lenguas románicas el espíritu y la mentalidad de la época.

Lo primero que sorprende en esta obra es la vastedad de sus materiales, buscados con un criterio excepcionalmente amplio e inteligente. No ha querido el autor escribir una historia del arte ni de la literatura, sino una visión ordenada del pensamiento medieval en torno a los temas que la estética moderna viene considerando de su propia jurisdicción: teoría de la belleza, belleza natural, artística y moral, bellas artes, simbolismo, etc. Para ello ha interrogado De Bruyne no sólo a los filósofos o a los tratadistas de retórica o arquitectura, sino a los viajeros, a los poetas y a los predicadores. «La estética medieval, dice en el prólogo (pág. 8), forma un todo bastante compacto y homogéneo de un extremo a otro, aunque sus temas fundamentales, siempre los mismos, se desenvuelven con matices infinitos en interminables variaciones». El estudio de estos varios matices es el objeto de las casi 1.500 páginas densas que constituyen los *Estudios*.

En el volumen I son estudiados, primero los fundadores (Boecio, Casiodoro, S. Isidoro de Sevilla y Beda), para exponer después, con una riqueza de exposición que no enturbia la claridad de síntesis, las líneas maestras de la civilización carolingia. Destaquemos en este volumen su interesante contribución sobre la literatura hispérica (una especie de dadaísmo o creacionismo *avant la lettre*) desconocida de la mayor parte de las historias generales de la literatura y que muestra el impacto temprano del espíritu bárbaro, que ha de revestir un carácter recidivante en la cultura europea; el estudio sobre la estética plástica carolingia nos muestra un primer ensayo de esteticismo anticipado y sus antecedentes griegos, que evidencian el error de algunos teólogos griegos ortodoxos cuando atribuyen a los textos carolingios la total responsabilidad del sesgo progresivamente naturalista de la estética sacra occidental. El capítulo sobre el simbolismo cierra con una luminosa visión de conjunto esta época de formación, para abrirse a las perspectivas románicas que son el tema del volumen II.

Encontramos aquí una serie de capítulos sobre el desarrollo de las teorías literarias, sobre la estética de las artes plásticas (decorativas, arquitectura, escultura), filosofía de la música, la estética mística de los Victorinos y de la Escuela de Chartres y sobre la teoría del alegorismo. Especialmente interesante es el capítulo IV, que muestra el conflicto entre dos estéticas, una ascética, ansiosa de simplicidad y «funcionalismo» y otra de exaltación, que busca la riqueza y el esplendor, ambas inspirándose, sin embargo, en el mismo Evangelio. El estudio de la abundante literatura sobre la belleza femenina, casi siempre de tendencia misógina, es uno de los capítulos más curiosos. Pero es sin duda el dedicado al alegorismo el que más luz arroja sobre la mentalidad medieval: es la clave de bóveda que explica y sostiene la mayor parte de sus creaciones culturales, desde los pórticos románicos hasta las homilias, desde las especulaciones fisiognómicas sobre el «homo quadratus» hasta el «Roman de la Rose», desde el ceremonial de las órdenes de caballería hasta las visiones de Santa Hildegarda.

El volumen III está consagrado a los grandes escolásticos (Alejandro de Auvernia y de Hales, Vicente de Beauvais, Grosseteste, Alberto Magno, San Buenaventura, Ulrico de Strasburg, Sto. Tomás de Aquino y Duns Scoto). Comienza con una visión de conjunto inspirada en la teoría de la luz y en las especulaciones sobre la estructura luminosa del universo que, como ha visto muy bien el P. José Arsenio Fdez. Arenas, marcan ideológicamente el paso que plásticamente dará el gótico sobre el románico. Aunque aquí y allá el testimonio de los artistas (Los Bocetos de Villard de Honnecourt revisten un especial interés documental) dan un colorido concreto a la exposición, con todo es la metafísica y aún la teología de la belleza y del arte las que ocuparán el primer plano. El renacer del maniqueísmo en los movimientos cátaros y albigenses determinarán dialécticamente una reacción de optimismo teológico que se resolverá en los amplios y cada vez más maduros estudios sobre los trascendentales. Señalemos, entre los grandes escolásticos, el magistral estudio dedicado a Sto. Tomás, sin duda la más inteligente, completa y sugeridora síntesis de cuantas se han publicado hasta ahora de las teorías estéticas del Doctor Angélico.

El estilo de esta obra tiene como principal virtud la claridad. Abundantes textos proporcionan la base documental para las interpretaciones. El libro constituye así un arsenal de información para todo estudio que se interese por la historia del pensamiento medieval en torno a la teología y la metafísica de la belleza y del arte, de la preceptiva literaria, las técnicas y principios estéticos de la pintura, escultura, arquitectura y artes decorativas, las teorías musicales y las artes liberales, la predicación, la exégesis y el alegorismo.

En la monumental historia de la estética en 5 tomos publicada entre 1951 y 1955 no hace sino ampliar hacia atrás y hacia adelante, desde los griegos hasta el Renacimiento, el tema con variaciones presentado en la obra anterior (3). Digamos aquí que el tomo consagrado a los Padres de la Iglesia presenta una riqueza de testimonios y puntos de vista rara vez tenida en cuenta por los que invocan cierto tipo de tradición teológica en arte sacro y que, desde este punto de vista, es una fuente de primer orden para elaborar una teología del arte sacro verdaderamente tradicional, esto es, teológicamente verdadera. En cuanto al tomo dedicado a la Edad Media, síntesis en parte de los *Estudios*, los desborda en el marco temporal, pues incluye los siglos VII y VIII y llega hasta Boccaccio, y está enriquecida con nuevos matices y variantes en las líneas de fuerza que arrancan de la Hélade y desembocan en la Europa moderna.

La obra póstuma del Prof. De Bruyne (Los problemas fundamentales de la Lógica actual) constituye un esfuerzo audaz por abrir paso a la

(3) La Ed. Gredos publicará igualmente en breve una traducción de los cuatro últimos tomos (el dedicado al Renacimiento fué excluido por voluntad expresa del Prof. De Bruyne, por no corresponder al resto de la obra, que ha desbordado su primer marco).

metafísica a través de la complejidad de la lógica y metodología de las ciencias contemporáneas. A través de sus 900 páginas nos ofrece una reflexión original, apoyada con todo en los textos más significativos de clásicos y modernos tratadistas, sobre las diferentes modalidades del pensar (técnico, verbal, ideológico, simbólico), sobre la lógica formal (aristotélico-escolástica hasta la logística contemporánea) y sobre el contenido metodológicamente determinado de las diversas ciencias, para concluir con una exposición detallada de los métodos particulares de todas las ciencias, tanto de la naturaleza como del espíritu, desde los métodos de observación y experimentación, hasta los fenomenológicos, pasando por los matemáticos e intuitivos.

* * *

Cuando estaba ya inmerso en su último trabajo, un poco distante por tanto de sus investigaciones histórico-estéticas, tuvimos ocasión de enviarle la «Historia de las Ideas Estéticas» de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. De Bruyne, que dominaba el griego, el latín, el francés, el italiano, el alemán, el inglés y el holandés, no tuvo oportunidad de aprender el español, cosa a la que tampoco parecía forzarle nuestra escasa producción en el orden de preocupaciones en que se movió su pensamiento. La obra de D. Marceino, intraducida que sepamos, no ha tenido resonancia europea. ¿De quién es la culpa? He aquí un interesante tema de reflexión. En nuestro ostracismo intelectual hay probablemente tanta culpa de una parte como de otra. Sea como fuere, nos llenó de satisfacción recibir su opinión sobre esta obra que sentía no haber conocido antes y que consideraba, a pesar de su fecha (no se olvide que es del siglo pasado) «una base de trabajo seria y fundamental para la historia de la estética europea».

* * *

Edgard de Bruyne fué uno de los fundadores de la Colección «Philosophische Bibliothek» en 1927 y en 1930 fué nombrado miembro de la «classe des lettres» de la «Koninklijke Vlaamsche Academie van België» recién instituída. Por lealtad a estas instituciones, y aún consciente del ámbito de difusión que perdían, editó la mayor parte de sus publicaciones en holandés. También en esto fué un gran europeo: salvar lo peculiar en lo universal. Pero no podemos dejar de lamentar una decisión que ha condenado gran parte de la obra de uno de los polígrafos más fecundos y penetrantes de nuestra época a ser saboreada únicamente por las pocas docenas de estudiosos que comparten su lengua.

Su muerte cortó muy prometedores proyectos y, lo que es más cruel, nos quitó un gran amigo y un gran maestro. Rindiendo homenaje a su memoria nos unimos a las palabras del Prof. De Raeymaeker: «Guardamos de él un emocionante recuerdo y rogamos al Señor que recompense abundantemente a este fiel servidor, cuya actividad, tan variada, tan abundante, tan valerosa, no cesó jamás de inspirarse en un amor apasionado de la Verdad».

FR. ARMANDO SUAREZ, O. P.